

que nos reservamos hablar en uno de los capítulos siguientes (1).

Hemos leído de otra piadosa mujer de Burgos, en España, que había tenido durante largo tiempo que sufrir mucho de parte de su marido, hombre brutal y sin religión, que la daba tratamientos de una crueldad desconocida, soportados por ella con una paciencia heroica. Después de cuarenta años de matrimonio, este hombre malvado, castigado como se merecía, fué atacado de una enfermedad cruel. Su piadosa mujer redobló sus cuidados y se dedicó toda á él. Habiendo reconocido que el mal era de muerte, le decidió á recibir los últimos Sacramentos. Cuando perdió la palabra, ella no cesó de estar á su lado, consolándole, exhortándole, fortaleciéndole y prestándole hasta que exhaló su último suspiro los servicios de la caridad más tierna. Esta santa mujer no tuvo por qué arrepentirse de su larga paciencia y de sus cuidados, prodigados al hombre ingrato que tan poco los merecía. En efecto, después de su muerte, Santa Teresa supo por revelación que se había salvado, anunciando á esta santa viuda que por su heroica paciencia había ganado para el cielo el alma de su marido. Fácil es comprender cuál fué su alegría por esta dichosa nueva, y las vivas acciones de gracias que elevó al Señor. Tal es la maravillosa eficacia y la divina misión del sufrimiento en el seno de la familia.

(1) Véase la Vida de esta venerable sierva de Dios, por el R. P. Bouffier, de la Compañía de Jesús (un volumen en 12.^o: París, Ambrosio Bray.)—Véase *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, Noviembre de 1865. Esta religiosa é interesante Revista tiene por objeto dar á conocer y propagar más y más la devoción del *Sagrado Corazón* y *El Apostolado de la Oración*. Sale á luz todos los meses por entregas de 128 páginas próximamente (en 12.^o). El precio de suscripción es 5 pesetas para Francia. Se hace la suscripción en Tolosa (Alto-Garona) dirigiéndose al Director de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*. Invitamos á nuestros lectores á suscribirse á esta Revista, si ya no lo han hecho, y á propagarla cuanto les sea posible.

CAPÍTULO XVI.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO ENTRE LOS ENFERMOS
Y LOS AGONIZANTES.

En diversos pasajes de este libro hemos hecho entrever las ventajas de las enfermedades, soportadas con paciencia y la eficaz virtud apostólica que en ellas se encierra. Mas para consuelo de los pobres enfermos y agonizantes, á quienes nuestro Señor asocia á su sacrificio, teniéndolos como clavados en su propia cruz, vamos á hablar en este capítulo, más extensamente, del saludable apostolado que pueden ejercer, soportando las enfermedades y aceptando la muerte con resignación, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas.

Escribimos expresamente este capítulo para vosotros, queridos enfermos, que languidecéis quizás después de muchos años en ese estado de debilidad, de parálisis y de impotencia, más penoso que una enfermedad aguda. Agoviados por la fatiga ó por la vejez, ó acaso jóvenes todavía; abrumados por el peso de precoces enfermedades, gemís al veros reducidos á esa inacción forzada, que contraría los entusiasmos de vuestro celo, si estáis deseosos de la salvación de las almas; que no os permite ocuparos en los ejercicios de la vida común si sois religiosos; entregaros á las funciones de vuestro santo ministerio si sois sacerdotes; ocuparos activamente, como los demás, en los negocios y trabajos de vuestra casa, si sois padres ó madres de familia ó de otra condición. Consolaos: esas enfermedades, esa salud endeble, esa impotencia que os contrista, se convertirán, si los sabéis servir de ellas, en instrumento poderoso de santificación para vosotros y de salud para los demás.

Escribimos, pues, para vosotros este capítulo, queridos enfermos, á quienes nuestro Señor en su misericordia se digna honrar con un rasgo tan perfecto de semejanza con su vida doliente. Prostrados desde largo tiempo en el lecho del dolor, vuestro cuerpo está abatido; la fiebre os devora y sentís en vuestros miembros dolores vivos y agudos. Vuestra alma está triste; os sentís afligidos viendo la aflicción de los parientes y amigos que os rodean, ó pensando que vuestros negocios se interrumpen ó comprometen. Quizás tenéis que sufrir el abandono en que los vuestros os dejan; la falta de cuidados y de paciencia de los que os sirven; la pobreza y la miseria á que os veis reducidos. Consolaos pensando en que el Señor está cerca de vosotros; en que El se inclina como un padre sobre la almohada en que penosamente reposa vuestra fatigada cabeza. Abrid vuestro corazón á las dulces palabras de compasión y de amor que su corazón os dirige para fortaleceros, y acordaos de que por esa enfermedad, por esos dolores, por esa aflicción, por ese abandono, quiere Dios hacer de vosotros *unos santos*; y si se los ofrecéis por la salvación de las almas *unos apóstoles del sufrimiento*.

En fin, también escribimos para vosotros este capítulo, queridos agonizantes á quienes nuestro Señor, en su misericordia infinita, concede tan gran parte del cáliz de su agonía. ¡Oh! Por doloroso, por angustioso que sea el estado en que os encontráis, consideraos dichosos de tener con Jesucristo agonizante un rasgo de semejanza. ¡Si supierais de qué sentimientos de compasión y ternura se halla penetrado para vosotros el Corazón de este amable Salvador! No temo afirmar: no hay ningún momento de la vida en que el buen Jesús demuestre más grande y afectuosa solicitud para sus miembros y para sus hijos que aquel en que los ve en la agonía.

La memoria de los grandes dolores que El padeció, cuando estuvo agonizante, le inspira una especie de predilección y compasión particulares por aquellos de sus miembros que se hallan reduci-

dos á tal extremidad. Arrojaos, pues, ¡oh queridos agonizantes! con una entera confianza en los brazos y en el Corazón infinitamente misericordioso de Jesús, vuestro divino Salvador, que para evitaros sufrir la más dolorosa agonía en el Huerto de las Olivas y en la cruz, derramó por vosotros hasta la última gota de su sangre.

¡Oh queridos enfermos, queridos agonizantes, hermanos amadísimos en Jesucristo! Para comprender la gloria que podéis ofrecer á Dios, los méritos que podéis adquirir, las gracias de salvación y de conversión que podéis obtener para el prójimo, basta recordaros que por sus sufrimientos y por su muerte salvó Jesús al mundo; y que cuando sufrís pacientemente con El y le ofrecéis vuestros dolores por la salvación de las almas, Jesucristo sufre con vosotros y continúa salvando al mundo por vosotros. ¿No será bastante este pensamiento para inundar vuestro corazón del más dulce consuelo, en medio de vuestros grandes sufrimientos? Llamad dulcemente á vuestra memoria esta verdad fundamental de la doctrina cristiana, á saber: que Jesucristo es nuestra Cabeza, y que por el bautismo hemos llegado á ser sus miembros. Cuando un cristiano se pone enfermo, cuando se halla agonizante, es un miembro de Jesucristo, enfermo y agonizante. Es Jesucristo, que continúa en estos miembros dolientes de su cuerpo místico, las enfermedades, los dolores, las agonías y los sufrimientos todos de su vida mortal, principalmente de su dolorosa pasión.

Por virtud de esto podéis decir: «Mis sufrimientos son los de Jesucristo; y, reciprocamente, los sufrimientos de Jesucristo son los míos». ¡Qué motivo de consuelo! ¡Y cuán fácil es, por poco cuidado que se ponga en soportarlos y ofrecerlos con esta intención, contribuir con los dolores á la salvación de las almas, y, por consiguiente, ejercer el Apostolado del sufrimiento. Oid á San Pablo que nos enseña á todos esta valerosa doctrina cuando llama á nuestros males y á nuestros sufrimientos *los sufrimientos y los males de Jesucristo* di-

ciéndonos: «Como en nosotros abunden los sufrimientos de Jesucristo, así seremos abundantemente consolados». *Sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra.* (II. Cor., I, 5.)

He aquí algunas razones en apoyo de esta enseñanza del Apóstol, que os harán comprender la intimidad y unión que existe entre Jesucristo y vosotros, hermanos amadísimos, que sufrís quizás después de largo tiempo esas enfermedades y dolores agudos, á los cuales vienen á unirse, quizás también las aflicciones del alma, la tristeza, el tedio, la desolación y el temor.... La primera razón, ya lo hemos dicho, es que Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros; y como la cabeza y los miembros reunidos forman un solo cuerpo, de aquí se sigue que los sufrimientos de los miembros son los de la cabeza. Así, por ejemplo, si sucede que por descuido se nos hiere en un pie, nuestra boca y, por consiguiente, nuestra cabeza, exclama pronto: Me han herido, me han hecho mal; y sin embargo, es el pie el que ha sido herido y no la cabeza. Esto explica por qué nuestro Señor, dirigiéndose á Saulo en el camino de Damasco no le dijera: ¿Por qué persigues á mis discípulos? sino que le dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Con lo cual le dió á entender que sus discípulos y El no son más que un mismo cuerpo, y que las persecuciones, dirigidas contra ellos, se dirigen contra El mismo. La segunda razón, igualmente propia para hacernos comprender esta conmovedora verdad, es que cuando sufrimos por amor de Jesucristo, hacemos suyos nuestros sufrimientos por la ofrenda de padecerlos por su amor. San Ambrosio enuncia esta juiciosa reflexión: «Nuestros sufrimientos son, además, suyos, porque El nos los envía y llegan á nosotros por un designio especial de su divina é infinitamente misericordiosa Providencia». Sin hablar de otras, hay una razón última, y es que padecemos cristianamente estos males, estas enfermedades, estas angustias de la agonía, con el auxilio y por la gracia

del Espíritu Santo que El nos comunica. El es, pues, quien mezcla á nuestros sufrimientos este elemento sobrenatural que los da tan gran precio y sin el cual serían inútiles y de ningún valor. Seguramente que unimos á El nuestra cooperación personal; pero ni de esta cooperación seríamos capaces, sin los auxilios de la gracia. Así, dirigiéndose San Agustín á Dios le dice: «Señor, cuando Vos coronáis nuestros méritos, coronáis vuestros propios dones». *Coronando merita nostra, coronas dona tua.* En fin, Jesucristo mira nuestros sufrimientos como suyos, porque son los restos de los suyos propios, ó como dice San Pablo, *los complementos y las conclusiones de su cruz. Adimpleo ea quæ desunt, passionum Christi.*

¡Valor, pues, amadísimos hermanos míos, enfermos y agonizantes! ¡Valor y confianza! Vosotros sufrís, es verdad; pero no sufrís solos. Jesús, el amable Jesús, vuestro dulce Salvador, vuestra adorable Cabeza, sufre con vosotros y en vosotros, que sois sus miembros y sus hijos queridos; y por esta íntima unión que se digna realizar con vosotros, comunica á vuestros sufrimientos una virtud toda divina. Decidle, pues, de todo corazón, al menos interiormente: ¡Oh Jesús, Salvador mío! yo me someto humildísimamente á vuestra santa voluntad, y acepto con resignación y amor, de vuestra mano paternal, esta enfermedad, estos dolores agudos, esta penosa agonía, que os place enviarme. Permitidme que os dirija la súplica que dirigisteis vos á vuestro Padre celestial, cuando, durante vuestra agonía en el Huerto de las Olivas, digisteis: «Padre, si vos lo queréis, alejad de mí este cáliz; sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mía». *Pater, si vis, transfer calicem istum a me; verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc. XXII, 42).

Si, Jesús mío, hágase vuestra voluntad y no la mía. Si vos queréis que permanezca enfermo, bendito seáis. Si queréis que mi mal se prolongue y se agrave, que mis dolores sean todavía más vivos, sea bendito vuestro nombre. Si queréis el sacrificio de mi vida yo os le ofrezco de todo cora-

zón, en unión del que hicisteis de vuestra vida por mi amor. Si queréis que me cure, que continúe sufriendo, ó que muera, sea bendito vuestro nombre. *Sit nomen Domini benedictum.* Os ofrezco todos mis dolores y os hago el sacrificio de mi vida por vuestra gloria, para la expiación de mis pecados, para la salvación de las almas, sobre todo, de los miembros de mi familia; y para la conversión de los pecadores, particularmente de los de este pueblo ó localidad, donde sufro por vuestro amor. ¡Oh Jesús mío, misericordia! Vos sois mi Dios, mi Salvador, y vos seréis mi Juez. Yo os adoro, yo os amo. Tengo un vivo pesar de haberos ofendido, á vos que sois tan bueno, tan grande, tan poderoso, tan digno de ser fielmente servido y amado. ¡Oh María! dulce é inmaculada Madre de Dios, tened piedad de mí; mostradme que sois también mi Madre: *Monstrate esse Matrem.* Yo os conjuro, por el Corazón agonizante de Jesús, vuestro amadísimo Hijo, y por vuestro compasivo Corazón, que roguéis por mí, ahora y en la hora de mi muerte: *Nunc et in hora mortis nostræ. Amen.* San José, rogad por mí. San Miguel Arcángel, defendedme. Angel mío, de mi guarda, velad por mí. Santo ángel que fortificastes á Jesús en el Huerto de las Olivas, fortificadme y socorredme. Santos patronos míos, protegedme. Así sea.

Volviendo á lo que hemos consignado, concluimos diciendo: ¡Oh vosotros todos, amadísimos hermanos, enfermos y agonizantes: sea vuestra ocupación principal manteneros dulcemente unidos á Jesucristo, vuestra divina cabeza, á sus intenciones y á sus disposiciones.

Mas esta unión de los miembros con su Cabeza, tiene que ser estrecha; por lo cual pondréis cuidado en vuestra enfermedad, en vuestros dolores, en las angustias de vuestra agonía de permanecer estrechamente unidos á Jesús enfermo, doliente, agonizante y moribundo: sobre todo, tendréis cuidado de manteneros estrechamente unidos á las santas disposiciones de humildad, sumisión, dulzura, paciencia, celo y amor, con las cuales Jesús

soportó sus dolores, para haceros semejantes á El; y procurad gloria y consuelo á su amable Corazón, atrayendo sobre vosotros y sobre vuestras familias las bendiciones celestiales, para contribuir eficazmente á la salvación de las almas y ser verdaderos *apóstoles del sufrimiento.*

¡Oh, si supierais cuánto puede en el corazón de Dios un cristiano enfermo, sobre todo, agonizante, que sufre como verdadero discípulo de Jesucristo crucificado, que acepta la enfermedad con resignación y hace generosamente á Dios el sacrificio de su vida por su amor y por la salvación de las almas! No hay nada que éste gran Dios, infinito en bondad como en poder, no esté dispuesto á conceder á las oraciones. ¿qué digo? al menor suspiro, al menor gemido de este miembro doliente de su divino Hijo Jesús. No tenéis más que acordaros de lo que ha hecho en todo tiempo en favor de sus fieles servidores, enfermos como vosotros, agonizantes como vosotros.

¿Qué no ha hecho Dios para la prosperidad de su gloria y para la salvación de los hombres, por medio de Santa Catalina de Sena, joven de condición humildísima que no vivió más que treinta años? ¿Qué admirable poder no han tenido para mover los corazones y causar impresión en los espíritus las palabras de un San Bernardo, de un San Francisco de Asís, de una Santa Lutgarda, de una Santa Brígida, de una Santa Gertrudis, miembros vivos todos de Jesucristo, asociados á su cruz por todo linaje de tribulaciones y de sufrimientos? —Yo soy la potestad divina, dijo un día el Espíritu Santo á la bienaventurada Angela de Foligno, que te da esta gracia y te confiere esta virtud que todos los que te vean recibirán de tu comunicación para provecho de su salud; y no solamente la recibirán éstos, sino los que piensen en ti ó se acuerden de ti; y lo mismo los que oigan sólo proferir tu nombre.—¡Oh! exclama el piadoso autor de quien hemos tomado este pasaje (1). ¡Oh!

(1) Este autor es el P. T. B. Saint-Jure, de la Compañía

¡Que pueda un hombre unido á Jesucristo contribuir á la salud del género humano lo mismo desde su casa que hallándose solo en medio del desierto! —Los que se unen á Dios, dice el mismo autor, citando á Luis de Blois, y le dan pleno poder de obrar en ellos todo lo que le place, le son muy agradables y queridos, y *ellos aportan á la Iglesia y á la salud de los hombres más provecho en una hora que otros en muchos años.*

«He aquí por qué, concluye diciendo el mismo autor, debemos poner todos nuestros cuidados en unirnos íntimamente con Jesucristo, y en procurar perfeccionar continuamente por todos los medios, ésta unión sagrada, sin inquietarnos mucho por lo demás, que vendrá seguramente si es preciso, permaneciendo unidos á nuestro Señor. No tengamos miedo de nada, ni nos aflijamos por nada, sea lo que sea, puesto que seremos pronto ricos, virtuosos y perfectos, por medio de esta unión. *Es demasiado fácil para Dios, dice la santa Escritura, levantar á un pobre del polvo y colmarle de riquezas* (Eccl., II). Y San Pedro, príncipe de los Apóstoles, nos dice: *Dios, que es el autor y distribuidor de la gracia, y que nos ha llamado para darnos un día, por los méritos de Jesucristo, su Hijo, participación en su gloria eterna, después de algunos momentos de sufrimientos nos perfeccionará, nos fortalecerá y nos acabará en toda clase de virtudes sólidas. Sean suyos el honor y la autoridad en los siglos de los siglos. Amén.* (I, Pet., V.)

EJEMPLO CONMOVEDOR.

Terminaremos este capítulo con el relato de los largos dolores y de la paciencia heroica de una

—
 ñia de Jesús. Recomendamos á nuestros lectores sus obras llenas de doctrina y de piedad: *El Conocimiento y el amor de nuestro Señor Jesucristo. El Hombre de oración. El Hombre religioso. El Libro de los Elegidos, ó Jesucristo en la cruz. El Hombre espiritual*, de donde hemos extraído el precitado pasaje.

pobre enferma, digna de ser propuesta por modelo á todos los enfermos y á todos los agonizantes, sean cualesquiera los géneros de su enfermedad, de sus dolores y de su agonía. Porque, ¿qué sufrimiento hay que esta heroica enferma no padeciera? Nos referimos á Santa Lidwina, que vivió en Holanda en el siglo XV. Nuestros lectores nos permitirán guardar ordinariamente en este relato el lenguaje sencillo del autor de quien le tomamos (1).

«Puesto que hay tantas miserias en la vida humana, siendo necesaria toda la paciencia, para soportarlas, la vida de Santa Lidwina, virgen, viene bien para demostrar esta verdad; porque ella fué un vivo retrato de una larga muerte, en los dolores que sufrió; y un real y singular ejemplo de paciencia y sumisión á la voluntad de nuestro Señor para padecer y sufrir.... Dios la echó esa carga para depurarla y ejercitarla en las penas y en los trabajos, proponiéndola su Iglesia como un perfecto modelo de paciencia y perseverancia en su amor.

»A la edad de quince años miraba en un día muy frío á sus compañeras, que corrían sobre el hielo (según la costumbre del país), cuando una de ellas se cayó sobre la Santa, haciéndola también caer, tan pesadamente, que se rompió una costilla, causándola terribles dolores. Tantos males, unos después de otros, la abrumaron, que parecía increíble que un cuerpo humano pudiera sufrir tanto si la mano de Nuestro Señor, que se los enviaba, no la hubiera conservado y hecho vivir entre tan mortales sufrimientos.... Pero ella encontró remedios y los aplicó. A duras penas se ayudaba de sus miembros, pues tenía que andar como en cuatro pies, sobre sus rodillas y sobre sus manos.

»No podía dormir; y para colmo de sus males se le formó un abceso en las entrañas, sintiendo un fuego que la quemaba hasta los huesos. El brazo y la espalda derecha los tenía dislocados de

(1) *Las Vidas de los Santos*, por Rivadeneira, Vida de la bienaventurada Lidwina, virgen, 14 de Abril.

su cuerpo: su cabeza estaba traspasada de dolores penetrantes, como si llevara un clavo en la frente: sus dientes, su garganta y casi todos sus miembros, sufrían dolores diversos y particulares; y echaba tanta sangre por boca, nariz, oídos y ojos, que á todos asombraba. Tenía el pulmón deshecho y el hígado corrompido: resentíase de dolores del mal de piedra, y del descenso de las tripas, todo lo cual sufría con una paciencia extraordinaria. Tenía calentura que la trabajaba incesantemente: en fin, que no había en su cuerpo nervio ni vena que no estuvieran agitados y atormentados por su propio dolor.

En este estado de vida, ó mejor dicho, en esta muerte que arrastraba pesadamente, la Santa joven pasó treinta y ocho años, pobre, sola, abandonada y sin tener á quién volver los ojos más que á Nuestro Señor, que la afligía, y que era sólo quien podía consolarla..... Dios la envió un venerable sacerdote, el cual la declaró que no recibiría más consuelo en esta vida que el de la continua meditación de los amargos dolores que el Hijo de Dios padeció en la cruz por nuestros pecados. A este efecto, la exhortó á pensar frecuentemente también en los tormentos que sufrieron los mártires por amor de Jesucristo..... La llevó el sacramento de la Eucaristía y la dijo al administrársele: «Hasta el presente os he exhortado á meditar incesantemente con vuestra memoria la pasión de Jesucristo: ahora es El quien viene en persona á colmaros de consuelos».

»Al oír estas palabras, la bienaventurada lloró tiernamente..... y su afligido corazón permaneció tan resuelto y tan contento, que no pidió después á Dios sino que aumentase sus dolores.

»En los tiempos en que hubo contagio en aquel país, suplicaba á Nuestro Señor que apartase su cólera de aquellos pueblos, que eran sus hijos, aunque pecadores, y que la castigase en su lugar.

»La caridad de Lidwina no era menor que su paciencia..... Habiéndola dejado su madre algunos muebles de casa, los vendió y dió el dinero á los

pobres. Otro tanto hacía con las limosnas que recibía de las personas devotas, pues las distribuía á los pobres vergonzantes aunque tenía más necesidad que ellos.

»Margarita, Condesa de Holanda, la fué á ver y se asombró de hallar entre tal pobreza y entre tal abandono del mundo, tantos tesoros y dones del cielo.

»Era cosa digna de admiración ver á esta mujer, herida por todos lados con las espinas del dolor, olvidarse y abandonarse á sí misma, siendo tan cuidadosa y tan vigilante para las necesidades de los demás. Nuestro Señor la testimoniaba frecuentemente con milagros que le era agradable su caridad.

»Lidwina era demasiado humilde y aumentaba sus faltas, sometiéndolas al juicio de todos, porque deseaba ser despreciada. Tenía una compañera de mal humor, que la maltrataba de palabra, hasta el extremo de escupirla en el rostro, lo cual no conmovía á la santa joven. Y como se la preguntara por qué lo sufría todo, respondió: *Es para corregirla con la paciencia y porque tales gentes proveen de materia á la virtud de aquellos que la necesitan. Es también por temor de que no se entregue á más grandes furores.*

»No hay que asombrarse de que Lidwina cogiera rosas en medio de las espinas, ni sintiera contento en las penas y los dolores, puesto que estaba favorecida por Dios. Tenía una continua familiaridad, y sostenía dulcísima conversación con el Angel de su guarda, que se la aparecía frecuentemente y la regocijaba con su presencia, disipando las tinieblas de su corazón afligido.

»Decía que los más grandes tormentos eran para ella ligeros, y que no los sentía más, en cuanto veía á su Angel. ¿Qué será esto, añade con razón el piadoso historiador? ¿Qué será esto, en comparación de ver á Dios cara á cara?

»Además del Angel de su guarda, otros Angeles se la aparecían en forma humana, y ella los hablaba y los llamaba por sus nombres, sabiendo quiénes eran.

»Nuestro Señor mismo la visitó en persona, imprimiéndola sus sagradas llagas, para que la que sufría en su cuerpo tan graves dolores, sintiera en el interior de su alma los sufrimientos que su querido Esposo había padecido en su santísima Pasión, representando ella misma á lo vivo la pasión de Nuestro Señor, por las señales exteriores.

»Habiendo sentido demasiado la muerte de uno de sus hermanos, perdió con este dolor, un poco excesivo, algunos consuelos divinos. Un hombre santo tuvo de ello revelación y se lo advirtió, por lo cual soportó la muerte de su hermano con más paciencia. Esto nos enseña que Nuestro Señor quiere que sus servidores sean depurados de las afecciones imperfectas y excesivas, aunque sean naturales, como el dolor por la muerte de un padre ó de una madre.

»Nuestro Señor la dió también el don de profecía y la descubrió lo que ocultaban en el corazón los que iban á verla, como si leyera en él. Muchas personas la iban á buscar para pedirle remedio á sus males; y entre otros un Canónigo regular, que la suplicó rogase á Dios le quitara lo que le disgustase más en él y que impidiese su salvación. Este Canónigo tenía una hermosa voz, que le hacía sentir, cuando cantaba, cierta vanagloria; así que Lidwina elevó por él su oración, se quedó ronco y no cantó más. No sabiendo de dónde le había venido aquella ronquera acudió á los médicos para curársela; pero cuando aquel á quien se dirigió supo lo que había pasado entre Lidwina y él, le dijo: *Si esto es así, ni Hipócrates ni Galeno (es decir los médicos) adelantarán nada en esta curación.*

»Tuvo revelación de la hora de su muerte, y para prepararse pidió perdón á los que estaban con ella, de cuanto les hubiera podido haber ofendido. En la vigilia de Pascua se le aparecieron en su cuarto Nuestro Señor y su Santísima Madre, con el coro de los Apóstoles. (¿No era ella misma un apóstol del sufrimiento?) Nuestro Señor la consoló y la hizo una unción misteriosa, tal que al día si-

guiente se percibía en torno de ella un olor celestial. El martes, después de la Pascua, pidió que se la dejase sola con su resobrino; y puesta en oración rindió su alma á Dios. Se la encontró rodeada de un cinto ó cilicio de crines, con el cual se expulsaban después los demonios de los cuerpos en que habitaban. En diversas partes hubo algunas revelaciones de su gloria y de la solemne recepción de su alma en la corte celestial de los bienaventurados. Nuestro Señor hizo muchos milagros por ella, después de su muerte, que ocurrió el 14 de Abril de 1433, á la edad de 53 años. Su Vida ha sido escrita por Tomás A. Kempis, autor del libro tan precioso y tan conocido *La Imitación de Jesucristo.*»

Para terminar el relato de esta bella y noble vida diremos algunas palabras de la piedad filial de Santa Lidwina hacia la Santísima Virgen, para que á su ejemplo, queridos enfermos y agonizantes, pongáis en Dios vuestra principal confianza, y en esa buena Madre á quien la Iglesia llama tan justamente: «Salud de los enfermos.» *Salus infirmorum.* «Consuelo de los afligidos.» *Consolatrix afflictorum.* «Auxilio de los cristianos.» *Auxilium christianorum.*

La madre de Lidwina la inspiró desde su infancia una tierna devoción á María, y la Santa joven no faltaba á saludar con respeto sus imágenes, á las que visitaba frecuentemente, llevando los cortos presentes de que podía disponer. Cuando su madre la enviaba á los campos, donde se hallaban su padre y hermanos, no dejaba nunca de entrar en la iglesia de la ciudad y de recitar la salutación angélica, ante el altar de la Santísima Virgen.... Un día que la bienaventurada llegó del campo más tarde que de ordinario, su madre, que había tenido necesidad de ella, la dirigió algunos reproches y la dijo: «¿Dónde has estado corriendo, hija mía?» —«Perdonadme esta falta, madre mía, la respondió la amable niña, he ido á saludar á mi hermosa Señora, que me devolvió mi salud con una sonrisa; me hizo tanto bien que no la pude dejar.»—Al-

gunos años después, en la tarde de una fiesta, la bienaventurada cayó en éxtasis, y fué conducida por un Angel á aquel mismo altar de la Santísima Virgen, á donde sus pies no podían llevarla á causa de sus enfermedades tan dolorosas. Allí hizo su oración, y en seguida fué trasportada al purgatorio, donde algunas pobres almas esperaban los auxilios de su caridad para abreviar sus sufrimientos. En fin, un ángel la introdujo en la asamblea de los santos. Vió todos los coros y oyó sus sagrados cánticos. Algunos mártires la estimularon á soportar valerosamente los sufrimientos que Dios la enviaba. «Nuestro ejemplo, la decían, os animará mucho en este generoso combate. Ved nuestra situación presente. ¿Qué nos resta ahora de todos los males que padecemos otras veces por amor de Jesucristo? Después de haber pasado por todas las pruebas del agua y del fuego, hemos sido recibidos en este lugar de frescura y de paz perpetua, donde nuestros dolores han cedido á los consuelos infinitos.»

Querido y piadoso lector, cuando tu caridad te lleve cerca de los enfermos y de los agonizantes, no dejes de animarlos con los motivos y con los ejemplos que acabamos de proponer. Si pueden oír leer sin fatigarse demasiado, dignate darles lectura, de tiempo en tiempo, de algunos de los pasajes de este capítulo, que hemos compuesto para ellos, en el que pedimos humildemente al Corazón agonizante de Jesús, y al Corazón compasivo de María, que unan á su bendición una gracia de consuelo y de salud para cada uno de estos amadisimos hermanos que sufren, y para ti, querido lector, toda vez que les prestas este servicio de caridad. Sobre todo inspíralos los sentimientos expresados en la oración:

Oh Jesús, Salvador mío, yo me someto..... (1)

Invítalos á hacer de tiempo en tiempo actos de fe, de esperanza, de caridad, de sumisión, de confianza, de ofrecimiento de sus dolores y de su vida por la salvación de las almas. Invítalos á decir

(1) Véase esta oración en este mismo capítulo.

contigo de todo corazón: *Dios mío, yo os adoro y creo en vos, porque sois la verdad misma. Espero en Dios, porque sois fiel á vuestras promesas. Os amo, porque sois infinitamente bueno, y amo á mi prójimo como á mi mismo, por vuestro amor. Tengo un gran pesar de haberos ofendido, Dios mío: perdonadme por los méritos de mi Salvador Jesús, vuestro divino Hijo. Dios mío, soy un pobre pecador. Sedme propicio, tened piedad de mí. Dios mío, hágase vuestra santa voluntad. Dios mío, pongo toda mi confianza en vuestra infinita misericordia. Dios mío, os ofrezco el sacrificio de mis sufrimientos y de mi vida por la salvación de las almas, y por la conversión de los pecadores. Señor, pongo mi espíritu en vuestras manos. Jesús, María y José, yo os amo, tened piedad de mí, ahora y en la hora de mi muerte. Corazón agonizante de Jesús, yo os amo, tened piedad de mí. Corazón compasivo de María, yo os amo, rogad por mí. San Miguel Arcángel, defendedme. Santo Angel de mi guarda, Santos Patronos míos, rogad por mí. Así sea.*

CAPÍTULO XVII.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LOS SACERDOTES Y EN LAS PARROQUIAS.

Aunque la principal función del Sacerdote es la de *sacrificador*, la santa víctima que tiene todos los días entre sus manos consagradas, le dice que debe ser *víctima* con ella para la salvación del pueblo; y aunque el Sacerdote no esté sometido, bajo el mismo título que el religioso, como lo diremos pronto, á una mortificación tan rigurosa, no es menos cierto que su vida debe ser una vida de sacrificio, y, por tanto, una continuación del sacrificio del Salvador Jesús. Sólo porque es miembro de Jesucristo debe marchar el simple fiel en pos de El por la senda del Calvario; y con mayor razón debe hacerlo el Sacerdote, puesto que, en su calidad de tal, tiene que parecerse á Jesucristo, Sacer-